

R E S P U E S T A

P O R

PEDRO PROVENCIO

Si por lo menos lloviera de verdad. Más de uno dice que el culpable de todo es este clima que nos enturbia la cabeza con ráfagas nada más de frío y cambios bruscos hacia días primaverales en pleno mes de enero. Pero él no es ningún visionario y esto no tiene nada de espejismo. Tú lo conoces tanto como yo, mejor que yo: pared por medio os dieron a esta luz y juntos aprendisteis los secretos del barro con orines, del fuego, de los tejos de ladrillo, de las guerras con hojas de nopal, del primer cigarro y la primera masturbación. ¿Qué mecanismo frágil quedó sin conectar en aquellos orígenes? Recuerda. ¿Hubo algún árbol que no lo atrajera, algún objeto mutilado, olvidado en el estercolero, para él que no encontrara una forma de jugar? Le oí decir que por entonces se detuvo detrás de su madre, veía un cuerpo espigado, con los hombros agudos y el pelo en una deshecha permanente, «una mujer a quien no oí nunca cantar», ¿recuerdas?; «sólo la he oído quejarse, y por entonces la oía también maldecir, ya lo creo, y muchas noches se encerraba en la cámara llorando»; se acercaría a ella hasta percibir el olor a regazo, que es lo único que creía recordar de su niñez remota. «no venía de ningún sitio, no acababa de hacer nada, le dije, "bueno, y ahora qué hago yo", lo dije como sintiéndome incapaz de mover un dedo, como si de pronto hubiera comprendido que de la respuesta dependía todo mi futuro». ¿Por qué nos preguntaba tantas veces si nos había narrado ese episodio? Recuerda. Os peleabáis, poníais una moneda de cinco céntimos sobre un raíl a la hora del correo, os sentabais a esperar en una linde, la recogíais después de pasar el tren: estaba demasiado chafada para que pudiera aparentar el doble de su valor. Empezábamos a conocernos, pero todavía no me permitíais entrar en la cueva donde escondíais un tesoro de cristales de color, naipes viejos, cerillas y algo más de la mitad de un libro de fábulas de hojas amarillentas carcomidas. ¿Lo viste alguna vez indiferente a algo? ¿Te dijo que buscaba tantas noches en la balsa de los Cánovas?

Déjalo. Bastante te han preguntado ya. En el pueblo no ocurre todos los días un cataclismo así, pero estate seguro de que esta conmoción

contagiosa que hace salir a los vecinos de sus casas a preguntar si ha habido carta. «¿Ni siquiera un telegrama? Hay que ver, qué cabeza.» No durará tanto como sé que le estará durando a él una tensión incontrolable, no triste, un afán de conseguir la revelación de sí mismo que ha supuesto su decisión, una concentración inasequible a palabras de nadie que mañana le abrirá los ojos por puro esfuerzo sobrepostor, faltos por primera vez de la inercia que este aire blando inyecta a cada hora del día con especial intensidad en nuestros músculos.

El perro nos conocía y nos dejaba pasar. A mí me gruñía al principio, pero a la tercera o cuarta vez llegué solo y me estuvo sacudiendo las piernas con el rabo. El no acudió aquella noche y creo que después ya no volvió nunca a la balsa. Entonces creí que se había enfadado conmigo, porque la noche anterior no me había atrevido a echarme con él al agua desnudo, pero hoy pienso que si no volvió fue porque su vitalidad había agotado todos los recursos de aquella situación, y nuestras conversaciones empezaban a sonarle siempre igual reproducidas por el eco de la pared curva de la balsa.

Te vio, estoy seguro. Llegó momentos antes de que tú pusieras el motor en marcha, se detuvo en la sombra que fundía el rincón ahumado bajo el porche medio roto con la cuadra poblada de lentos bufidos y pezuñas descuidadas, con la era vacía, con la noche del campo. Desde allí te vio encender un cigarro, cebar el motor, arrancar, alejarte, y creo que ése fue su momento de pensar si vale o no la pena satisfacer las nuevas necesidades que han ido despertándose, clavándose como empalizadas alrededor de cada uno, obligando a los que antes tenían libre acceso a una intimidad sin conflictos a ser ahora íntimos y terribles a la vez, necesarios más que nunca y, desde ahora, peligrosos. Satisfacer: eso es tan fácil que apenas tiene nada que ver con la impaciencia. Sería hermoso decir que mientras se alejaba se cruzó con alguien a la salida de un bar o en el pasillo de un tren y le pareció de pronto haber visto a alguno de nosotros, que bajó la cabeza y acusó un golpe de nostalgia con el que hacía justicia por un momento decisivo a quienes no tuvimos valor o espontaneidad o, simplemente, hombría para salir de madrugada a despedirlo. Pero bástenos saber que no nos recuerda con rencor. Tú sabes bien que nos quería hasta el punto de no entristecerse cuando lo demostraba, y no puedes imaginártelo, como yo no me lo imagino, ni él podrá imaginarnos sintiéndonos culpables de nada que ocurriera entre nosotros; es decir, ¿que no influímos nosotros para que tomara una determinación así?

¿Qué error, qué descuido apenas reconocible cuando volvimos atrás la vista para repararlo y una carcajada provocada por él mismo hizo temblar la mano ya tendida, olvidar su objetivo, seguir adelante ja-

leando? Ahora, ya ves, me pregunto a mí también. Entonces ya éramos inseparables. La cueva, la balsa, todo se había empequeñecido para nuestro interés, y lo que nos atraía era cada vez menos trascendente. Inauguramos nuestro escepticismo cuando ella tuvo la debilidad de decirnos que elegiría a uno de los tres. Te eligió a ti y nos fuimos los tres medio borrachos sin mirarla. Si me hubiera elegido a mí habríamos hecho igual. ¿Y si lo hubiera elegido a él?

Más que dudar de él creo que hay que decir que en realidad no lo conocíamos. Eso a mí no me frustra nada, te lo aseguro; pero me intriga. Ahora recuerdo las noches que vivimos juntos y nos veo tan distintos. Entonces éramos puros conquistadores del presente, atrapábamos la vida que se nos desvelaba día tras día y encontrábamos en cada matiz un motivo de fiesta, en cada problema insinuado un afianzamiento en nuestras soluciones casi mágicas. El que menos bebía era yo, pero me emborrachaba igual con las canciones, los gritos por las afueras del pueblo, el viento que se nos metía por los ojos y, ya en los últimos meses, aquellas discusiones febriles que llegaron a ser nuestro vicio más sabroso. Era algo insólito en nosotros, pero parecía haberse estado fraguando durante siglos en nuestra garganta. Un nuevo disco, el último número de la revista, el comentario de una emisora extranjera, un programa de televisión; el viejo, que se reía ante los destrozos; ella, que aún nos estaría esperando; los sondeos infructuosos en el monte o las fiestas del patrón eran incentivos para enredarnos en una indagación de causas, en una traducción de lugares comunes a situaciones concretas, más bien imaginadas al principio, pero poco a poco más reales, de manera que lo que empezó siendo una proposición cómoda de soluciones a gusto nuestro acabó en un análisis milimétrico dentro del que nos incluíamos sin piedad, que nos dejaba en pie, ansiosas de eficacia, limpias energías recién descubiertas y —ahora lo veo, pero ¿por qué?— algo ya desalentadas.

Su acierto, no sé; pero su entusiasmo sí era mayor que el nuestro. Sólo él se quedó allí empapándose, ayudándole al viejo a contener con cuerdas y arpilleras la tierra que se desplazaba hecha pellas enormes de barro hacia la rambla desbordada que, en pocos minutos se había colmado con los arrastres del monte, bajo la única lluvia intensa del año, una irónica lluvia desproporcionada que en su media hora de fragor borró sembrados, desarraigó árboles y socavó calles enteras para acabar en un revuelo rápido hacia el sur y dejar sobre el pueblo un arco iris indolente.

«Es un egoísta. No ha pensado nunca en nadie más que en él. Se va a acordar de ésta; pero aquí que no vuelva.» Si volviera lo recibirían llorando, pidiéndole débilmente explicaciones, conformes otra vez y

complacidos en lo más ingenuo de sí, en esa intimidad que ellos no enriquecen sino con demasiado esfuerzo o con una certera violencia provocada desde fuera, en los recovecos encallecidos donde hay frases fatalistas para todo, para los buenos y para los malos años, para la sequía y para las promesas de riego, para un recién nacido y para un muerto.

Pero quién sabe en qué ambición llegó a cristalizarle la tristeza. Una forma de escuchar, el juego hábil de los dedos para tirar la ceniza del cigarro, las contorsiones de su cuerpo cuando bailaba sus canciones preferidas, la obsesión de insistir siempre en el eje del problema, toda la noche para leer aquel libro, el gesto, sobre todo, el gesto de mirar a la calle por la ventana del bar cuando nos reuníamos a la salida del trabajo, ¿no eran síntomas de la marca imperiosa que le estaría agravando el pensamiento, madurándolo a fuerza de ahondarle las raíces, tendiendo así con más vigor a rebelar su vista contra el horizonte pardo que lo había rodeado siempre? Y no es que ahora quiera yo justificarlo. Ni él lo necesita ni a nosotros nos serviría de nada. Es que no lo vi nunca tan triste como aquella vez que golpeó la pared ahumada con las dos manos para subrayar el agobio con que nos respondía, porque otra vez habíamos llegado a conclusiones solamente ideales y gritaba que no, y no sabía qué razones oponer, pero no, y los tres sentíamos que se nos enfrentaba desde sus entrañas una acuciante necesidad ciega de lucidez. No sé, no sé si acertó con irse; pero también era entusiasmo su tristeza.

No es que fuera la noche su especialidad, no es que le gustara estar solo, ni que se sintiera desgraciado porque sus padres o porque ella...; por favor, eso sería simplificarlo impunemente, destruirnoslo. Esto no es una leyenda de final absurdo contra la que podamos esgrimir nuestra vieja manía de capitularlo todo, de no poner punto final hasta que el personaje no agota todas sus posibilidades para convencernos de que nos pertenece. También a ti te gustaba irte con las primeras copas y dejarnos celebrar el éxito de tu insistencia y del latido imponente de tu moto, que ella oiría desde que salieras del pueblo y enfilaras el camino y el perro de los Cánovas se inquietara esperando el azucarillo de cada vez que ibas. Pero él estaba siempre más cerca que nosotros de las cosas, sí; quizá por eso cuando las abandonaba era tan radical. No le importó hacer a pie el camino—de niños, cuánto menos nos costaba ir—para convencerse de que aquella etapa estaba ya quemada, no tenía ya atractivo para él, había vuelto a llegar antes de lo previsto y una prolongación de sus actos era ya inconsecuente con sus apetencias, y detenerse y reposar la oscuridad era lo más oportuno para dejar que los pies y la cabeza volvieran a acoplarse. Si hubiera ido

el día anterior me habría visto a mí y habría pensado igual, y tú me estarías hablando ahora.

Pero yo no aguantaría que me estuvieran preguntando todo el día lo mismo, con la misma entonación lastimera y acusadora, sus padres, sus vecinos, incluso ella; ese coro impersonal que habla como si un resorte hubiera sido pulsado por un dedo implacable y dejara teñir esta luz estragada con una retahíla ancestral de espamentos y lamentaciones. Cuando lo vimos solo a la salida de su patio mirando como por primera vez el monte, ninguno preguntamos por qué. Preguntamos ahora, cuando por mucho que nos satisfagan las explicaciones nadie puede saber ya la verdad.

Dejémoslo así. Sabemos que en cualquier momento—¿no lo estás deseando ya?—puede colmársenos a nosotros también la capacidad de supervivencia; para entonces ya nos habremos familiarizado con el riesgo y alguien nos calificará de desequilibrados; será posible cualquier forma de romper nuestros límites y ampliar los cauces por donde asimilar ingredientes nuevos para la nueva actividad de nuestro metabolismo. Entonces—¿te imaginas?—empezaremos de nuevo a elaborar hasta las mínimas respuestas. El ha respondido ya. Pero ¿qué?, ¿a quién? Por lo menos ha intentado responderse a sí mismo. ¿Y a nosotros? En fin, qué importa que nuestra confusión lo juzgue demasiado intransigente. Con el tiempo—¿me oyes?—ellos lo aceptarán por mera costumbre de sufrir, como han aceptado tantos desastres incomprensibles. Nosotros somos los que no nos acostumbramos todavía a nada. El, el primero. Más vale así, ¿no? Quizá sea la única forma—o al menos nuestra única forma—de permanecer alerta frente a los acontecimientos, dentro de ellos—tú y yo, qué pobres acontecimientos—, preparados para improvisar con toda la eficacia de que seamos capaces la primera respuesta o el salto que nos exija el nuevo nivel de nuestra impaciencia.

PEDRO PROVENCIO
Magnolia, 71, 2.º B.
MADRID - 20

